

BALANCE DE LA ARQUEOLOGÍA PERUANA EN RELACIÓN A SU CARÁCTER INTERDISCIPLINARIO

Peter Kaulicke

Si queremos entender la relevancia del carácter interdisciplinario en la Arqueología como disciplina científica, conviene enfocar la problemática desde una perspectiva histórica de su desarrollo y de las definiciones de su campo de investigación. Este procedimiento obliga a una visión parcial o más concretamente a la visión de una arqueología no como enfoque puramente teórico sino como producto de situaciones concretas como es el caso de la Arqueología en el Perú y de los arqueólogos nacionales y extranjeros que se ocupan o se ocupaban de ella. Esta restricción es necesaria para evitar crear perspectivas de una disciplina "objetiva" con pretensiones hacia generalizaciones absolutistas en un campo exclusivo de los arqueólogos. La necesidad de la ocupación con el pasado paulatinamente ha adquirido importancia en la autopercepción de los peruanos como nación con medios que no requieren siempre la explicación de los "expertos en antigüedad". La arqueología como término tampoco se refiere llanamente al estudio de las antigüedades como sugiere su etimología de *archaios*, sino más correctamente se deriva de *arché* lo cual significa "origen", un significado que se adapta mejor al propósito del concepto del pasado en la arqueología del Perú como veremos más adelante.

En lo que sigue trataremos el tema bajo tres tópicos principales: a) El concepto del pasado, b) las interrelaciones entre arqueología y disciplinas afines, en particular la historia y la antropología y finalmente c) la situación actual de la arqueología como disciplina académica y campo de investigación al enfocar los problemas y al ofrecer algunas propuestas para el futuro.

EL CONCEPTO DEL PASADO

Si bien es cierto que existe una arqueología histórica que se ocupa del estudio de vestigios que en el Perú corresponderían al tiempo desde la Conquista hasta la República, esta orientación está tan poco desarrollada que podemos dejarla de lado para concentrarnos en lo que es su campo principal que es el tiempo

prehispánico desde los orígenes de la presencia del hombre en el territorio del Perú hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI. Dado el caso que los Incas y sus antepasados constituían sociedades ágrafas no dejaron documentos escritos o quizá más correctamente fuentes legibles para nosotros acerca de su cosmovisión y de sus conceptos de historia. Los recursos disponibles por tanto se limitan a lo que europeos y mestizos peruanos han escrito a partir del siglo XVI.

Cuando los españoles penetran en el territorio del Tahuantinsuyo se apoderan del soberano encontrándose aún en sus periferias y lo matan, todo ello con pasmosa velocidad y facilidad. La muerte de Atahualpa, sin embargo, significa el fin traumático de este imperio no solamente en las versiones de los actuales dramas populares que reviven el evento. Con otras palabras una historia poco menos que desconocida se convierte en prehistoria que obliga su reconstrucción.

Todos estos acontecimientos de los primeros enfrentamientos entre europeos y hombres andinos adquieren un aire ficticio, más como novela cabaleresca que relato histórico. No solamente es lo absolutamente “nuevo” e incomprendido del Nuevo Mundo, sino también “la imposibilidad de entenderlo sin ser cautivo de las formas occidentales de concebir el espacio y el tiempo. Toda la tradición literaria medieval y renacentista fue usada para describir lo nuevo como si fuera viejo, antiguo y conocido... como esfuerzo por “reconocer” lo descubierto en vez de inventar formas para “conocer” lo nuevo...El discurso histórico lo convierte en una construcción coherente y verosímil de hechos algunas veces reales y otras legendarias...Importaba más la coherencia, la belleza y el poder persuasivo del discurso, que su apego a la objetividad”. Estas caracterizaciones de M. Burga (1988:232-233) explican las incoherencias y contradicciones de las cuales resulta imposible destilar una secuencia razonada de acontecimientos o separar lo explícitamente europeo de lo que explícitamente no lo es. Se trata, por ende, de visiones que por un lado son las de los vencedores y por otro de los vencidos. Pese a lo antitético obras como las de Garcilaso de la Vega, Juan Santacruz Pachacuti y Felipe Guaman Poma de Ayala como voces de estos últimos, ya bastante alejados de la catástrofe inicial, pero conscientes de sus consecuencias, construyen mundos ajenos a lo que fue o debe haber sido el Tahuantinsuyu. Escriben para defender conceptos elaborados con fines personales que los hacen partícipes en historias personalizadas. La familiaridad con el idioma del Tahuantinsuyu, el *runasimi*, más o menos abundantemente empleado, seduce a pensar en expresiones de pensamientos no expresables en castellano y, por ende, auténticamente andinos. Que esto no es el caso queda cada vez más claro como también crecen las dudas acerca de los componentes no europeos en las

iconografías de Poma de Ayala y Santacruz Pachacuti (cf. Santa Cruz Pachacuti 1993). Se salva en algo la cosmología de Huarochirí, la cual, sin embargo, no pretende explicar lo incaico (Taylor 1987). Lamentablemente no hubo un Sahagún en los Andes de los siglos XVI y XVII.

Estas circunstancias explican el porqué los historiadores hablan de un discurso mítico cuando se refieren al pasado incaico con anterioridad a la llegada de los españoles. Estos últimos se ocupaban de ello más para indagar sobre los orígenes sea del hombre del Nuevo Mundo en general sea del origen de los incas. La necesidad referida de “reconocer” lo descubierto lleva a la necesidad de “comprobar” vínculos con el Viejo Mundo. Evidentemente el hombre fue creado por Dios en el Viejo Mundo ya que no existen dos creaciones diferentes. Por ende debe ser posible encontrar su origen en pueblos conocidos de las historias de fuentes disponibles como la Biblia o la literatura grecolatina. “Pruebas” literarias de viajes, etimologías aventuradas, supuestas concordancias físicas y culturales ofrecen multitudes de soluciones verosímiles, improbables o fantásticas. Estas elucubraciones, algo tediosas para el lector actual, se convierten en gérmenes para estudios lingüísticos y antropológicos físicos incluyendo también los de las “antiguallas” (cf. García 1981). En este sentido el adjetivo “nuevo” de Nuevo Mundo adquiere también el significado de joven y reciente. Parece comprobado que los Incas crearon un imperio *ex nihilo*, el número reducido de sus soberanos lo confirma al lado de historias milenarias del Mediterráneo. Por otro lado los indigenistas se esfuerzan en construir historias cuyo esplendor es *sui generis* con logros que no deben nada al Viejo Mundo o los europeos quienes sólo fungen como destructores. Estas historias, sin embargo, no pueden escribirse ignorando los componentes europeos en la formación de los intelectuales de los siglos XVI y XVIII. Es más, la iconografía y la temática descubren cada vez más la lejanía de este pasado oculto. De esta manera una lámina de Martínez Compañón del siglo XVIII muestra la muerte de Atahualpa en una escena en la cual actúan personajes con trajes de la época sean ellos criollos o “españoles” o indígenas o “incas”. Atahualpa también está decapitado en vez de morir bajo el garrote, un error ya incurrido por Guaman Poma un siglo antes de Martínez (Martínez de Compañón 1985, fol. 173, Ydem otra de la misma degollac” [del Ynga]).

Con la Emancipación lo incaico súbitamente adquiere una importancia crucial. En las palabras de Basadre “esa ‘promesa’ de vida libre y soberana que surgió en la guerra de la Emancipación, recogió, sin saberlo, algunos elementos ya existentes en el pasado. Los Incas para sus conquistas procuraron inicialmente hacer comprender a las tribus cuya agregación a su imperio buscaban, que ese sometimiento les ofrecía perspectivas de una vida más ordenada y más

próspera...También en la retórica y en el lirismo de los próceres de la Emancipación, surgió la esperanza de emular a las leyes sabias de los Incas. Y también renació en ellos la ilusión de bienestar para todos” (Basadre 1952: 24). Esta utopía del estilo garcilasista se convierte en búsqueda de la identidad nacional, al anteponer la “leyenda dorada” indigenista a la “leyenda negra” antihispanista.

En el campo científico este viejo antagonismo se plasma en dos tendencias: el difusionismo y el evolucionismo. El primero se desarrolla de la búsqueda de los orígenes en el Viejo Mundo y su “metodología” esbozada. El difusionismo parte de la premisa que innovaciones son únicas y se desarrollan en centros de donde irradian a zonas receptoras lo cual implica olas migratorias ya que existe una especie de predisposición para “crear cultura” y por otro lado la completa ausencia de ella. Estas premisas normalmente sustentan el eurocentrismo ya que tienden a justificar el colonialismo. El evolucionismo, en cambio, parte de la existencia de etapas generales de desarrollo del hombre, desde estadios primitivos, aún presentes en sociedades actuales de cazadores indiferenciados hasta las sociedades complejas, mediante un símil de las edades biológicas del hombre desde el niño hasta el adulto, ejemplificado por el europeo, mientras que los indios ilustrarían las edades o estadios incipientes. En el campo de la cultura material se observa la evolución de formas primitivas a formas complejas. Este evolucionismo, sin embargo, ofrece una explicación alternativa para espacios geográficos carentes de fuentes históricas anteriores a la llegada de los europeos.

Si bien la utopía, el evolucionismo y el indigenismo por un lado y el hispanismo y difusionismo por otro han desaparecido como elementos aceptados en discursos académicos, muchos de sus componentes y argumentos siguen vigentes del modo análogo a la persistencia de los dramas de la muerte del inca en los pueblos andinos y componentes utópicos o indigenistas subsisten en la argumentación de arqueólogos peruanos. Ciertamente la visión del pasado prehispánico es más ficción o mito que historia, pero indudablemente forma parte integral y hasta precondition para la Historia del Perú (cf. Kaulicke 1994: 17-20).

LA ARQUEOLOGÍA Y LAS DISCIPLINAS AFINES EN LA BÚSQUEDA DEL PASADO

Para Raúl Porras Barrenechea (1963:50) la arqueología es “fundamentalmente una ciencia histórica...ya que la finalidad de la Arqueología es la misma que la de la historia o sea la investigación del pasado del hombre”. Reconoce el carácter histórico de los monumentos aunque parece tener una opinión poco favorable

para los arqueólogos “los que hacen decir lo que ellos quieren” refiriéndose a los mismos monumentos. La percepción de los vestigios materiales como productos de individuos concretos de sociedades concretas dentro de espacios geográficos y temporales definibles como documentos históricos es compartida por la mayoría de los prehistoriadores. En este sentido resalta el carácter “objetivo” de estos vestigios frente a las “deficiencias del relato histórico, por su subjetividad o apasionamiento y por su forma casi siempre indirecta” mientras que el monumento “es el objeto mismo, mudo pero invariable e incapaz de alteraciones subjetivas” en las palabras de Porras (ibid. 51).

Max Uhle el americanista alemán quien introdujo el estudio científico de la arqueología en el Perú a fines del siglo pasado define el rol fundamental de la arqueología como “ciencia eminentemente histórica [que] ocupa un puesto de suma importancia al lado de los estudios históricos que se ocupan con los tiempos más claros modernos i debería por eso participar en la posición privilegiada que a esta última en todo el mundo se reconoce” (Uhle 1917:3). Para poder postular esto se tiene que demostrar que existe una historia milenaria mediante procedimientos científicamente aceptables, por medio del establecimiento de una cronología relativa lograda a través del ordenamiento correcto de datos estratigráficos y tipológicos en contextos concretos obtenidos por la excavación y el establecimiento de series de artefactos con características definidas entre los cuales destaca el estudio de los entierros. Por el estudio de la distribución de ellos y de su sucesión temporal se establecen secuencias regionales que se juntan para formar una historia prehispánica de varios miles de años. La vigencia esencial de su esquema habla en favor de la clarividencia excepcional de Uhle.

Esta visión, sin embargo, chocaba con la imagen normativa de un Incanato como fenómeno de historicidad sublimada en un lapso cronológico indefinido. Esta normatividad subordinaba la variabilidad de las manifestaciones arqueológicas reduciéndolas a expresiones regionales y, por ende, contemporáneas.

Las dificultades de comprensión se expresan claramente en una disputa célebre entre el iniciador de la historiografía moderna J. de la Riva-Agüero y Max Uhle acerca del origen de los Incas. Riva-Agüero intentaba demostrar que existía una relación histórica entre Tiahuanaco y el Cuzco en el sentido que ambos sitios fueron sedes de imperios de quechuahablantes porque la tradición oral lo sugiere, porque los monumentos son semejantes (“megalíticos”) y porque se trata de la misma raza. El traslado se debe a invasiones aimaras que destruyen Tiahuanaco y que convierten a los Incas en fugitivos. Esta visión romántica casi virgiliana

está refutada en forma vehemente por Uhle en un artículo que Porras llama "filípica científica contra los Incas... en el que (Uhle) con saña sistemática denigró todo lo que llevara el sello incaico o quechua" (Porras 1963). Lo tilda de aimarista y, por consiguiente, antipatriota. El estilo polémico de Uhle, sin embargo, hace que se produce un malentendido que probablemente se basa en la escasa comprensión que le prestan los historiadores a su método. En otro artículo concebido en Lima sólo dos años antes Uhle reconoce plenamente el grado adelantado de la civilización incaica y encuentra calificativos elogiosos, los cuales, sin embargo, no cambian el transfondo de su polémica con Riva-Agüero. Prevaloce la necesidad de analizar lo incaico en relación a lo anterior concentrándose en los vestigios comprobados. Además de ello Uhle aparentemente conoce la Historia Indica de Sarmiento antes que Riva-Agüero quien se ve influenciado profundamente por Garcilaso en el momento de la disputa y cambia de parecer en favor de Sarmiento sólo mucho después. Es significativo también que la argumentación de Riva-Agüero deja de lado lo arqueológico para concentrarse en razonamientos lingüísticos y trata de refutar Uhle en este campo sin saber probablemente que Uhle se había doctorado con un tema filológico (cf. Kaulicke 1997).

Otro enfoque más moderno de enfrentarse al problema del pasado prehispánico es la etnohistoria. Iniciándose como fruto del renovado indigenismo de la década de 1920 surge su máximo exponente: L.E. Valcárcel. Para él "la Epoca Antigua puede ser subdividida en dos partes: a) el Imperio de los Incas; y b) los tiempos que le precedieron o sea tiempos preincaicos. Sobre los primeros poseemos testimonios arqueológicos, tradicionales e históricos. Sobre los segundos alcanza mayor dominio la arqueología y una faja estrecha la tradición y la historia. Abarca ambas épocas la etnología que estudia las sobrevivencias de los pueblos incaicos y también las de aquellos que recibieron sólo en parte o en una proporción mínima la influencia del Estado cuzqueño." (Valcárcel 1960: 20). Influenciado por la etnología alemana contempla la cultura peruana como mezcla de círculos culturales primarios de sierra, selva y costa. Es esta mezcla la que le da su característica particular. Esta profunda unidad "suprahistórica" permite estudiarla en las comunidades actuales que conservan este pensamiento andino que les es propio y que les distingue nítidamente de otras sociedades fuera del ámbito andino. Por otro lado existen las tribus selváticas que conservan un mundo "fosilizado" de una historia que permite contemplar los orígenes de su estado primigenio. Esta tenacidad sorprendente se acerca en algo a las tipologías culturales expresadas en raza, lengua y cultura material que tanto en conjunto como por separado indican el grado de complejidad cuasi genéticamente preestablecida.

También Tello participa en esta corriente al tratar de demostrar esta unidad y comprobar su gran antigüedad y su origen peruano. Este origen, en contraposición a Uhle, no solamente es milenario surgiendo entre las tribus selváticas que mantienen sus costumbres hasta la actualidad, lo cual les convierte en objetos casi ideales de estudio, sino se plasma como cultura matriz poseedora de las calidades más puras de los constituyentes de lo genuinamente andino en lo que Tello llama "unidad geoétnica". (Tello 1921) Esta unidad necesariamente prevalece sobre todos los estilos, culturas, ideologías o particularidades ambientales que sólo son variantes del mismo tema y comprensibles sólo bajo la premisa de su previa existencia.

La etnohistoria moderna matiza mucho más, se concentra en otros tipos de documentación de la administración colonial como las visitas y los procesos de la extirpación de la idolatría, lo cual lleva a visiones más regionalistas al descubrir y enfocar las diferencias de la idealización generalizada. El estructuralismo y las analogías antropológicas se utilizan con frecuencia para especificar más lo supuestamente conocido: lo "andino". Bajo la influencia de escuelas norteamericanas la orientación antropológica se intensifica hasta tal punto que se suscribe la célebre frase categórica: "La Arqueología es Antropología o es nada".

Otro campo muy amplio es el nexo con las ciencias naturales. Indudablemente su aporte es de suma importancia ya que el objeto arqueológico y su contexto se ubican físicamente en un espacio que es producto de procesos culturales y naturales conservando vestigios ambientales que permiten reconocer sus características específicas en vez de recurrir a analogías directas con el medioambiente actual. Esta interacción íntima entre evidencias culturales y ambientales, sin embargo, puede llevar al extremo de sobrevalorar el potencial interpretativo de análisis botánicos, zoológicos, antropológicos físicos, etc., en el sentido de atribuirles un valor más "objetivo-científico" que el estudio de productos humanos en su dimensión socio-cultural. Los porcentajes de muestras poco especificadas se convierten en datos independientes y en base para la reconstrucción de sistemas económicos, procesos tecnológicos, etc. Un ejemplo bastará para ilustrar el peligro: la aplicación indiscriminada del C14. El método radiométrico del C14 ha ganado una intensiva aplicación global durante los últimos cincuenta años ya que permite aproximaciones a la edad absoluta de la muestra fechada, donde no hay otros recursos cronométricos. No obstante el hecho de que por regla se fecha una muestra orgánica en vez del objeto por fechar y la presencia de múltiples posibilidades de errores, el fechado obtenido se convierte en cuasi fecha "histórica", esto lleva al extremo de concederle un valor histórico-absoluto en una seriación de estos fechados para la construcción

de secuencias cronológicas. De esta manera el fechado de precisión limitada se convierte en dato independiente de valor absoluto y guía la interpretación cronológica de manera análoga al dato historiográfico para los arqueólogos que trabajan sobre épocas en las que existen fuentes escritas, cuando el dato arqueológico es subordinado incondicionalmente al historiográfico.

Evidentemente esto lleva a la impresión que las ciencias naturales o exactas no son precisamente disciplinas afines o auxiliares para la arqueología, sino que el arqueólogo se reduce a proveedor de material interpretado por el especialista o por el mismo arqueólogo que se convierte en especialista de las disciplinas respectivas renunciando en buena parte a su autodefinición original.

Ante la presencia de técnicas y análisis cada vez más sofisticadas se abren posibilidades de un universo amplio y cada vez más complejo con posibilidades interpretativas de precisiones imposibles hasta hace poco. El arqueólogo, sin embargo, está enfrentando a este universo con las limitaciones intrínsecas de su formación en una posición liminal entre un campo de un crecimiento que parece casi ilimitado y de una rapidez preocupante y otro de las ciencias humanas que decrece con igual rapidez convirtiéndose en apéndice atrofiado dejándole al arqueólogo poca opción para un espacio propio.

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA ARQUEOLOGÍA

Este panorama de posiciones acerca del pasado prehispánico o quizá más correctamente de la definición del Perú Antiguo deja una sensación de confusión. ¿Es posible su comprensión o tenemos que contentarnos con la construcción de mitos más o menos convincentes? ¿Son los arqueólogos historiadores de una historia imposible o antropólogos que se especializan en detectar los orígenes de conceptos aún vigentes? Ante la gran importancia que el Perú Antiguo tiene para el Perú moderno ¿cómo se explica la poca atención que recibe la respectiva disciplina académica y el grupo de profesionales que se dedican a su estudio? ¿Por qué los hallazgos espectaculares de los últimos años con un impacto innegable en el público básicamente sirven para su negociación y, en menor escala, para la creación de espontáneos mitos populares? ¿Por qué el poco interés en la conservación y protección del patrimonio arqueológico?

Si dejamos de lado factores de innegable importancia como extracción social, procedencia, formación y dependencias tanto económicas como intelectuales

de fuentes y/o corrientes teóricas extranjeras, cabe preguntarse qué es lo propio de la arqueología del Perú, cuáles son las propuestas concretas hacia un acercamiento a la comprensión y no a la reconstrucción del pasado.

Como ya queda mencionado los vestigios materiales tanto muebles como inmuebles (monumentos) se puede considerar como documentos o fuente histórica. Como tal, sin embargo, requieren de su definición de edad y procedencia lo cual sólo es factible mediante su correlación sincrónica con otros elementos lo cual se denomina "contexto". Un entierro v.g. es un contexto sincrónico que es parte de un rito funerario que consiste en la colocación intencional de un individuo muerto con objetos disponibles en el momento de su enterramiento. La intencionalidad y la sincronía del conjunto lo convierte en objeto preferencial debido a la frecuencia de este tipo normalmente en forma de grupos de entierros. El estudio comparativo de la totalidad de estos entierros revela diferencias que son o sincrónicas o diacrónicas en el sentido de la llamada "estratigrafía horizontal". La ubicación de estos entierros en edificios establece también su relación temporal como posterior, anterior o contemporáneo. El establecimiento de secuencias, por tanto, se efectúa mediante las construcciones de cronologías relativas. La recurrencia de estas asociaciones convierte la cronología en marco referencial confiable y generalizable.

La práctica en la arqueología peruana, sin embargo, es diferente. El estudio de entierros es poco desarrollado y considerado frecuentemente como objeto más digno para un huaquero que para un científico. La preocupación por la cronología supuestamente se ha vuelto obsoleta desde que existe la datación por C14. La tipología, por tanto, se hace con material sin contexto o en forma fragmentada en contextos menos seguros; prospecciones prevalecen sobre excavaciones y generalizaciones sobre bases empíricas endebles se convierten en hipótesis o "modelos explicativos". Sondeos "ecológicos" que consisten en conteos sencillos de material botánico y zoológico, frecuentemente con material cultural con poco diagnóstico se convierten en la reconstrucción de sistemas económicos casi siempre "enriquecidos" con analogías antropológicas. Estas estrategias introducidas como altamente racionales desde el extranjero no inesperadamente llevan a "explicaciones" diferentes, a veces diametralmente opuestas. Todo ello denota un cierto desprecio de los datos y de la documentación que frecuentemente sirven más de "ilustración" para teorías construidas sobre datos ecológicos actuales, antropológicos y a veces históricos no necesariamente siempre conectados a las condiciones peruanas lo cual les da un cierto aire de ingenuidad intelectual. No es de sorprenderse que tales teorías no gocen de mucha aceptación en el público o entre colegas de otras disciplinas quienes a veces

utilizan objetos arqueológicos como ilustraciones atractivas para sus estudios. No es de sorprenderse tampoco que estas teorías tengan poco sustento para poder acercarse a realidades históricas como etnias, elites, sistemas políticos e ideológicos. Estas deficiencias, sin embargo, no son immanentes en el material disponible o potencialmente recuperable, sino se basan en el afán de explicaciones preestablecidas: de “descubrir lo nuevo como si fuera conocido” como en los siglos XVI y XVII. Esta autosuficiencia injustificada no fomenta el trabajo interdisciplinario. Al detectar lo específicamente andino como algo genuino y profundamente diferente a culturas en otras partes del mundo se prohíbe la comparación y se prohíbe su inclusión en hipótesis generales hacia la comprensión de la historia de la humanidad. Quizá sea sintomático que una hipótesis muy influyente sobre el origen de la civilización en el Perú enfatice el rol de los recursos marinos en vez de la agricultura pese a que los Andes Centrales se constituyen como uno de los pocos focos de domesticación de plantas en el mundo (Moseley 1975). Ni la edad ni el o los lugares primigenios de unas 40 plantas domesticadas en el Perú Antiguo ni mucho menos los mecanismos de su conversión en cultígenos se han establecido con mayor precisión debido al poco interés en el problema por parte de los arqueólogos (cf. Kaulicke 1994).

Los entierros importantes recientes encontrados en el norte del país como Sipán, Batán Grande, Kuntur Wasi y San José de Moro renuevan la importancia de la metalurgia y sus conexiones con individuos de alto rango lo cual convierte su estudio en algo altamente provechoso tanto en sus aspectos tecnológicos como ideológicos. El sitio de Sipán en particular puede convertirse en clave principal para una comprensión más histórica de lo que parece ser un grupo de la alta elite interrelacionada socialmente a lo largo de varias generaciones. Es evidente que estos estudios requieren de la participación de muchos expertos de diferentes disciplinas que dependen de la explicación arqueológica.

Es indudable que el trabajo interdisciplinario en el campo de la arqueología es sumamente prometedor e indispensable para llegar a niveles más aceptables hacia la comprensión del pasado cuya historicidad es indudable aún sin el recurso de fuentes escritas, pero depende de lo que el arqueólogo pueda ofrecer a sus colegas de otras disciplinas y no ellos a él. La comprensión del pasado sólo se logrará mediante la comprensión de una base de datos que requiere ampliación constante y enfoques analíticos que se adapten a su complejidad. Tal base, sin embargo, no existe aún por lo cual el enfoque interdisciplinario es más un postulado deseado que una realidad, lo cual no solamente vale para la arqueología. □

BIBLIOGRAFÍA

- BASADRE, Jorge
1952 Notas sobre la experiencia histórica peruana. *Revista Histórica*, XIX: 5-40. Lima.
- BURGA, Manuel
1988 *Nacimiento de una utopía. Muerte y resurrección de los Incas*. Instituto de Apoyo Agrario. Lima.
- GARCÍA, G. Fray
1981 *Origen de los Indios del Nuevo Mundo*. Estudio preliminar de Franklin Pease G. Y. Edición facsimilar de la 2da. ed. rev. y anotada por A. González de García (Madrid, 1979). México.
- KAULICKE, Peter
1994 Los orígenes de la civilización andina. Arqueología del Perú. *Historia General del Perú* (J.A. del Busto D., ed.). T.I., Lima.
- 1997 La polémica Riva-Agüero vs. Uhle, su trasfondo y sus implicancias. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 21 (1994): 135-145. Lima.
- MARTÍNEZ COMPAÑÓN, B. J.
1985 *Trujillo del Perú*. T.II., ed. facsimilar. Ed. de Cultura Hispánica. Agencia Española de Cooperación Internacional. Madrid.
- MOSELEY, M. E.
1975 The Maritime Foundations of Andean Civilization. *Cummings Archaeological Series*, California.
- PORRAS B., R.
1963 (1964) *Fuentes históricas peruanas*. (Apuntes de un curso universitario). Instituto Raúl Porras Barrenechea. Escuela de Altos Estudios de Investigaciones. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- SANTA CRUZ PACHACUTI YAMQUI SALCAMAYGUA, J. de
1993 Relación de las Antigüedades deste Reyno del Piru. Estudio etnohistórico y lingüístico de P. Duviols y C. Itier. Institut Français d'Etudes Andines, Travaux de l'IFEA, 74/Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, *Archivos de Historia Andina*, 17. Cuzco.
- TAYLOR, G.
1987 Ritos y tradiciones de Huarochirí. Manuscrito quechua de comienzos del siglo XVII. Versión paleográfica, interpretación fonológica y traducción al castellano. Instituto de Estudios Peruanos, *Historia Andina*, 12/Institut Français d'Etudes Andines, Travaux de l'IFEA, 35. Lima.

BALANCE DE LA ARQUEOLOGÍA PERUANA

TELLO R., J. C.

1921

Introducción a la historia antigua del Perú. Lima.

UHLE, M.

1909

La esfera de influencias del país de los Incas. *Revista Histórica*, 4: 5-40. Lima.

1917

Conveniencia de dictar una ley uniforme de los países americanos, para proteger y estimular el estudio y la recolección de material arqueológico y antropológico. Estudio presentado ante el Segundo Congreso Científico Panamericano, Washington, E.U. de A., Diciembre 27, 1915-Enero 8, 1916. Washington.

VALCÁRCEL, L. E.

1960 (1944)

Historia de la Cultura Antigua del Perú. 2da. ed., T. I., Vol. I. Regina Mundi. Lima.